

Bulevar de los héroes

Después de la novela *Tierra de Leones* (Editorial Leega, México, 1986) todo podría haberse esperado del manizalita Eduardo García Aguilar, incluso una obra de muy alto valor literario. Tenía lo indispensable: un oficio respetable, vivencias a granel, viajes, un interesante equilibrio entre la necesaria sabiduría de la existencia y la ineludible riqueza que dan los libros.

Como coterráneo de esa nueva estirpe de escritores que salimos de Colombia y afincamos casa en México, esposa e hijos incluídos, y agravando el interés por la amistad, he seguido su trayectoria y he esperado sus obras con ansiedad y acaso un poco de temor.

En 1987 apareció *Bulevar de los héroes*,¹ su segunda novela, en la que se jugaba su asentamiento como novelista serio o su entrega al deleznable oficio de los que escriben por publicar, ganar dinero o prestigio.

En términos generales la novela trata de los amores y andanzas revolucionarias del Loco Petronio Rincón, un manizalita que soñó en su adolescencia con instaurar el reino de la felicidad en su República de los Andes.

Dividida en tres grandes secciones y una cola de puerco (no por la alusión obvia, sino por el carácter monstruoso de la última par-

te), *Bulevar de los héroes* se deja leer con pasión y una sonrisa condescendiente hasta las tres cuartas partes.

Con pasión porque la materia de sus relatos situados en Manizales, la Selva Colombiana y París, es extremadamente varia, rica en imaginación, plagada de situaciones en general grotescas pero risueñas y se halla apuntalada por la aparición de muchos personajes y situaciones que impulsan y catapultan al lector hacia adelante.

Quizás lo mejor de la novela sea la descripción de Manizales: su ambiente provinciano, sus poetas desuetos, su mundillo cargado de glorias rancias. Manizales hecho caricatura, visto desde lejos, sometido al despiadado y depredador escarpelo de un escritor que quiere contar cosas divertidas aún a costa de ridiculizar a sus coterráneos (de los que abomina, como abomina de la República de los Andes el Loco Rincón: "Me daría asco volver a la República de los Andes").

Comparte García Aguilar esta actitud de desprecio y burla hacia su patria con muchos escritores que habiendo salido de Colombia, en sus obras se dedican a denigrar de ella. Y esto de forma levemente artera, pues de su patria sólo tienen noticia gracias a las poco objetivas agencias internacionales —(recuerdo ahora la imagen deplorable que Manrique Ardila ofrece en *Oro Colombiano* o la visión sórdida de García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera*;

y también rememoro el cuadro deplorable de Lima que da Vargas Llosa en *Historia de Mayta*).

Las hazañas adolescentes del Loco Rincón (organizar una asonada con vagos, mendigos y prostitutas en Manizales, insultar al ejército, padecer cárcel y protestar por la muerte del padre Botero —que remite a Camilo Torres, pues muere como él en la guerrilla—) desembocan en la decisión de lanzarse a la selva para *subvertir el orden* e intentar tomar el poder de esa confusa República de los Andes (que siendo Colombia es también toda Suramérica y que no tiene su capital en Bogotá, sino en una ciudad cuyo nombre no se menciona).

Las andanzas en la selva aquí y allá nos recuerdan, aunque no de forma desagradable, algunos libros (*La otra raya del tigre*, *Aguirre, la ira de Dios*, por mencionar los más presentes): el Loco Rincón convertido en líder de un grupo en armas realiza una serie de escaramuzas en territorios inhóspitos y termina descubriendo los vestigios de un imperio nazi en plena espesura.

En París, a donde llega, creo recordar, expulsado de la República de los Andes, se vuelve a encontrar con la persona que había fundado el imperio nazi de Suramérica, un tal Werner Gerhardt, quien es la encarnación de Cristo, Hitler, Marx e incluso Bolívar — ¡hágame el hijuemíchica favor!

Independientemente del carácter inverosímil de la anécdota, las

García Aguilar, Eduardo, *Bulevar de los héroes*, Plaza y Janés, México, 1987.

aventuras del Loco Rincón en París son hilarantes y tiernas (si García Aguilar hubiera relatado sus propias aventuras en París, sin mentarse con trascendencias y grandes personajes seguramente le habría salido una novela muy legible, al estilo de *Años en fuga*, con lo que estaría muy bien servido): roba en los supermercados, hace el amor con algunas inadaptables que se dan ínfulas de princesas y lideresas, mata palomas y cisnes para comer, cuida a una elefantita que muere creo de vieja (esa es la mejor, la más tierna y humana escena del libro. Los actos de amor, fornicaciones o cúpulas del Loco Rincón son groseros y están plagados de un erotismo que no llega ni a alcanzar la validez del que se usa en las fotonovelas).

Finalmente el Loco Rincón cae en un hospital después de descubrir el "fondo de la realidad": las revoluciones son inútiles, falsas, los revolucionarios son todos corruptos, comunismo es igual a nazismo, los héroes resultan ser siempre ilusos". Petronio Rincón enloquece o delira y a partir de ese momento el escritor García Aguilar deja que su fantasía (alimentada por mil otras fantasías) se desboque al punto que desagua en una serie de deltas que hacen expirar la que podía haber sido una novela, si no bien escrita, por lo menos divertida y legible (con condescendencia) de principio a casi fin.

Supongo que García Aguilar, llevado por su ambición de crear su infiernito dantesco quiso hacer entrar en su República de los Andes a la historia completa de la humanidad (o por lo menos de las lacras y utopías de la humanidad).

En el proyecto de *Bulevar de los héroes* faltó la humanidad, prevaleció la ambición apresurada de querer superar a un gigante sin haberse superado el escritor a sí mismo y a sus carencias.

Todo lo anteriormente mencionado, hay que decirlo, son las virtudes del texto, que tiene una falta imperdonable, cancerosa, que no es propia sólo de García Aguilar sino de muchos que se quieren escritores antes de tiempo: se trata de la incorrección en la escritura: hay un uso incorrecto de palabras ("pronto hubo mucha abundancia": la abundancia siempre es mucha, Eduardo; "encontró un sobre sobre la almohada"; ¿escasez de lenguaje o prisa?: "capaz de transformarse en varios personajes disimilares": supongo que quiso decir "disímiles").

Bueno, incluso estos errores y otros podrían obviarse en el flujo de una narración absorbente, pero no las ingenuidades narrativas, las incoherencias, las descripciones groseras, sin sutileza ("Alzó su túnica y entró, sintiendo el aro húmedo de un sexo que aspiraba el miembro palpitante que hurgó hasta el final de un gemido de éxtasis"; un

adolescente calenturiento que está aprendiendo a masturbarse podría sin duda escribir mejores y más poéticas líneas).

No fue corta desilusión leer *Bulevar de los héroes* y darme cuenta que Eduardo había echado a perder una novela que pudo ser muy buena y divertida, incluso importante, a cambio de la vil prebenda de ser fugazmente mencionado en los diarios, aunque fuera para vilipendio como lo está siendo en esta nota dictada por la amistad. El destino de esta novela será, conjeturo, doble: las bodegas y el olvido.

